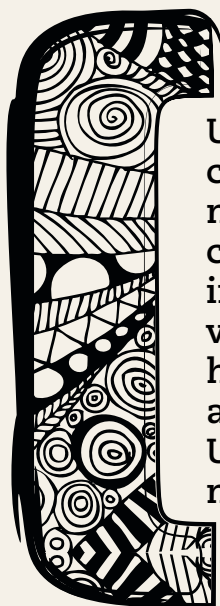


Signos que oxigenan La sana relación entre ortografía y Evangelio

FERNANDO CORDERO MORALES, SS.CC.
Pastoralista en el Col·legi Padre Damián SS.CC. (Barcelona)





Un punto y seguido, un punto y aparte, los dos puntos, las comas, las comillas, un paréntesis... Los signos ortográficos nos proporcionan una ayuda imprescindible para leer cualquier texto, pero también podemos descubrir en ellos indicaciones muy necesarias para adecuar la cadencia de la vida cristiana al discurso de Jesús. ¿Cómo es nuestro decir y hacer? El Evangelio nos muestra que el Maestro va y viene, aunque busca siempre momentos para la pausa y la oración. Una invitación, en este tiempo cuaresmal, a abrir espacios a nuevas relecturas de nuestro caminar creyente.



El diálogo con la cultura y la sociedad actual es urgente. Recientemente, un profesor de Secundaria de mi colegio, Xavier Oller, me comentaba: “La Sagrada Familia de Gaudí es una maravilla, pero si alguien no te explica el significado religioso que contienen las fachadas y el conjunto, no le sacas todo el partido”. Es cierto. Esto mismo podríamos aplicarlo a otros campos en que el binomio fe-cultura es tan esencial: la música, la literatura, el cine, la geografía, las tradiciones, las ciencias o la lengua, por nombrar algunas disciplinas. En este intento se inspiran las páginas siguientes, en lo fecunda que puede ser la relación, por ejemplo, entre los signos ortográficos y la propuesta evangélica.

Estas ganas de relacionar se activaron al finalizar un día, de tantos de los que se compone la tratinada vida de cualquier docente, cuando fui a darle un repaso al periódico. Me llamó la atención una columna titulada “Signos ortográficos”, del pintor Joan Pere Viladecans. Un pintor que escribe de ortografía. Resonaba, en medio del cansancio vespertino, una sugerente invitación a respirar, tomar aire y aplicar dichos signos a la vida cotidiana, con algunos aspectos que iremos comentando o saboreando. Dice Viladecans que “los signos ortográficos tienen mucho que ver con la existencia, veamos: hay quien pone un punto en la curva de su vida, un punto y aparte, un punto y seguido; el punto final...

ya no depende de uno. Y todos vivimos prisioneros de un paréntesis. Sobre todo, las comas son un matiz donde, dicen, está la sabiduría. Aunque a veces tenga mala leche, el interrogante cae simpático, más que el admirativo, que parece arrogante, quizás altivo. ¿Se inventaron los suspensivos para ganar tiempo, para anunciar o alargar? Los paréntesis dotan de autoridad y de documentación a quien los usa. Y las comillas, de precaución. Los dos puntos aseveran...” (La Vanguardia, 15 de abril de 2016).

Relacionemos estos signos con las diferentes señales o necesarias indicaciones para vivir una vida cristiana desde la ortografía evangélica inserta en el discurso de Jesús. ¡Qué importante que el decir de la comunidad eclesial se convierta en un texto bien leído, vivido y pausado! ¡Qué necesario que cada uno de nosotros interioricemos trascendentemente el discurso de nuestra vida, poniendo puntos, comas y pausas en el encuentro con el Señor!

Podríamos preguntarnos: ¿cómo es el decir y hacer de nuestra vida? Por el Evangelio sabemos que Jesús va y viene, se retira, busca momentos de sosiego, oración y pausa. Nos enseña a no vivir como papagayos sin pausas y sin capacidad para separar ideas.

Puntos y zonas verdes

Comenzaremos, por ello, con los puntos ortográficos que representan la necesidad de saber parar en la vida, de frecuentar

los espacios o zonas verdes. Es necesario que nuestras parroquias, capillas, monasterios, santuarios y comunidades sean realmente, como quería Jesús, casas de oración, de encuentro con Dios y de cultivo de la interioridad, al estilo de la Virgen María. Si se truecan en lugares de simple relación social o “cueva de bandidos” (Mc 11, 17), la casa de Dios será atrozmente profanada. Igual que necesitamos espacios verdes para contemplar la naturaleza, respirar aire puro y esparcirnos, del mismo modo aspiramos a que nuestras iglesias sean cada vez más zonas verdes para atisbar el susurro de Dios en medio de la historia, elevar juntos como hermanos nuestras plegarias y dar gracias al Dueño de la Vida por el don de la existencia. Y todo ello envuelto en el ambiente de la fraternidad, el silencio y el canto, nunca en el ajetreo que proporcionan los grandes almacenes o el ritmo imparable de la cultura digital.

Me gustaría observar dos puntos relevantes que aparecen en la Biblia: en el Génesis y en el evangelio de Lucas. En el relato creador de los dos capítulos iniciales del primer libro del Antiguo Testamento, Dios pone un punto al culminar el séptimo día. Podríamos decir que es un punto y aparte. Un punto para releer la acción creadora, para recapitular, para admirar la grandeza de una obra surgida del decir divino, para subrayar la necesidad del descanso, de la pausa, de la invitación a la contemplación: “Para el día séptimo había concluido

Dios toda su tarea; y descansó el día séptimo de toda su tarea. Y bendijo Dios el día séptimo y lo consagró, porque ese día descansó Dios de toda su tarea de crear” (Gn 2, 2-3).

La manera de actuar de Dios nos muestra a nosotros posibles formas de gestionar nuestro tiempo, nuestra semana, dando espacios a *relecturas*, análisis, reflexión y oración. Ese punto del Dios creador supone nuestro punto de partida, donde habremos de volver para seguir transitando por la ortografía vital. Releer la vida de una manera creyente es una sana práctica que puede entroncar con el “proyecto de sentido”, como gusta llamarlo a **Juan Antonio Estrada**, de lo que es la existencia diaria con el fin último de la misma. Como ocurre cuando escribimos un texto que, al releerlo, descubrimos matices que faltan o ausencias que hemos de cubrir hasta que queda completo, así sucede también con esa mirada hacia la propia vida en clave de revisión.

Otro punto a modo de parada lo hallamos en casa de **Marta y María** (cfr. Lc 10, 38-42). La amistad es un don precioso para Jesús. Las personas experimentamos la necesidad de un ambiente donde expresarnos con libertad, confianza, con naturalidad y sentirnos queridos. En casa de Marta y María se le ofrece a Jesús la oportunidad del diálogo hondo, del descanso y de la mesa compartida. Marta y María son dos figuras complementarias para la vida cristiana. Necesitamos ser activos, entregados, serviciales, como Marta y, al mismo tiempo, cuidar espacios para la oración, el diálogo, la intimidad con el Señor. María a los pies de Jesús nos transmite paz. Necesitamos escuchar al Señor, paramos, para recibir ese don y saciar nuestra hambre con sus palabras. ¡Qué gracia poder contar con hermanos y hermanas para dialogar, sin mirar el reloj, sobre la oración, el compromiso, nuestra vida! Ojalá cultivemos estos puntos, transformados en espacios como aquella casa de Betania, símbolo de acogida y de oración.

Tras la pausa del punto: en mayúscula

El punto se va repitiendo a lo largo de nuestra trayectoria vital. El punto y seguido queda impreso

en lo cotidiano, en todo lo que hacemos. Va separando los diferentes enunciados de nuestro día a día, dándoles conexión, por lo que supone una pausa que oxigena nuestros pulmones y nos impulsa hacia adelante. Después de un punto, recuerda el dibujante **Fano**, se escribe con mayúscula: “Te vas de retiro y escribes con mayúscula. Haces un buen rato de oración y escribes con mayúscula. Cultivas la interioridad y escribes con mayúscula, porque comienzas de otra manera, con una nueva idea, un nuevo propósito”.

Continuemos con los tipos de puntos. El llamado punto y aparte lo instalan las circunstancias que conducen a cambiar de rumbo, los inicios de las diferentes etapas que jalonan la existencia, reconociendo que se deja algo atrás y que se inicia algo nuevo, esto es, un antes y un después, que sellan los encuentros que nos han ido transformando. Podríamos hacer un ejercicio de memoria de los distintos puntos y aparte de nuestra vida. Si, por ejemplo, leemos la biografía de algún santo, descubriremos también esas etapas. Recomiendo esta actividad con la novela *El olvido de sí*, de **Pablo d’Ors**, que desenvuelve las varias etapas del beato **Charles de Foucauld**: la confusión del vizconde de Foucauld, el explorador de Marruecos, el converso francés, el novicio de Akbes, el jardinero de Nazaret, el ermitaño del Sahara,



el hermano universal y el místico itinerante. Al ir contemplando esos puntos y aparte en la vida de este apasionado por Dios, caeremos en la cuenta de que toda ella estuvo atravesada por puntos y seguidos de singular hondura, como remarca d’Ors: “El mejor termómetro para una vida de oración es la actitud del orante en sus tareas domésticas”.

Puntos y aparte: las etapas de la vida

También podemos asociar los puntos y aparte a cada una de las etapas de la vida. Lo haremos centrándonos en el texto de la Adoración de los Magos (cfr. Mt 2, 1-12), que hace ver cómo la salvación que trae el Mesías es para todos los pueblos, no solo para los judíos. Los Magos, venidos de Oriente, representan a los paganos que se han puesto en camino y han descubierto a Jesús a través de los judíos. La tradición, por eso, los ha representado de distintas razas, de los tres continentes entonces conocidos. Pero, se pregunta **Poldo Antolín**, párroco de Virgen del Camino de Málaga, esta interesante cuestión: ¿no podría entenderse que este Dios encarnado, Emmanuel, que viene para ser el Mesías de *todos los pueblos*, está emplazado a ser también el Mesías para *todas las edades*?

Efectivamente, la iconografía pictórica los ha representado, en muchos casos, no solo de tres razas, sino de tres edades, las tres edades de la vida: juventud, vida adulta y ancianidad. Podemos comprobarlo en *La Adoración de los Magos* de pintores de la talla de **Andrea Mantegna**, **Pedro Berruguete** o **Hans Memling**. Las tres adoran precisamente a la primera de todas: un Mesías niño. Tres edades caminan juntas buscando lo mismo: su fin es adorar al Mesías. Han visto salir su estrella y vienen a adorarlo. La búsqueda de un interés común les ha permitido mantenerse unidos en un admirable viaje, que seguramente no ha estado exento de dificultades, pero que han sabido recorrer juntos hasta llegar a la meta. ¿Qué actitudes por parte de cada uno lo habrán hecho posible? ¿Qué ha podido aportar cada cual como propio de su edad y beneficioso para el conjunto?



Nuestro rey mago anciano es el que verdaderamente adora, ha dejado su corona al pie del niño y le ofrece su regalo. Al agacharse se coloca por debajo del Mesías y deja verlo. Contemplad la escena en *La Adoración de los Magos* (1424) de **Gentile da Fabriano**. Los tres se encuentran juntos en el portal, mostrándonos quizás el mejor ejemplo de una comunidad intergeneracional donde cada cual, saliendo de sí, ha contribuido a recorrer el camino. Han llegado a la meta y lo han hecho juntos. Un movimiento de descenso, que podemos llamar *kenótico*, de abajamiento, entrega y humildad se ha ido produciendo al paso del tiempo.

Punto final: cambio de cromatismo

La *Ortografía de la lengua española* de la Real Academia nos recuerda que “si aparece al final de un escrito o de una división importante del texto (un capítulo, por ejemplo), se denomina *punto final*”. ¿Puede existir un punto final para los creyentes? Probablemente, lo que existe es un cambio de color, pero nunca un final, porque la Misericordia de Dios no tiene fin. Lo entenderán con esta anécdota, que supuso toda una revelación en una mañana dominical, mientras veía el programa *Últimas preguntas*, del 17 de julio de 2016, que dirige M^a **Ángeles Fernández** en TVE. En aquella ocasión, la entrevistada era **Verónica Macedo**, fundadora de Saniclown, la Asociación Nacional de Clowns para la Sanidad que trabaja para multiplicar sonrisas en los hospitales. Verónica ha vivido de cerca el dolor y la muerte de algunos pequeños. Hace tiempo le pasó algo muy especial con

una niña de cinco años que estaba en cuidados paliativos. Es una de las formas más bonitas que he visto de transmitir el significado del *punto final*. Le administraban ya morfina. Estaba muy cerca su final. Verónica, vestida de payaso, fue a visitarla con otra compañera y con la doctora que atendía a la enferma. Al verlas, con su sonrisa y su chupete, les dedicó a cada una un piropo: a una que iba vestida como el cielo azul, la otra como un arco iris y otra como un sol. En el momento en que falleció, Verónica soñó con ella. En el sueño estaban ella y su mamá. La niña le dice: “Mamá, solamente voy a pasar de un cielo azul clarito a un cielo azul oscuro lleno de estrellas”. O como canta **Rosana**: “Quiero, quiero, quiero... empezar en la tierra y seguir en la orilla del cielo”.

Otra tipología de punto es el *punto y coma*. Muchos se preguntan: ¿para qué sirve el punto y coma? Se da una ambivalencia, ya que puede aproximarse al uso de la coma o al del punto. Echando nuevamente mano de la *Ortografía de la lengua española*, nos marca su capacidad para jerarquizar la información y ser buen indicador de la vinculación semántica entre las unidades lingüísticas. Me gusta la imagen que utiliza la periodista **Tamara Cordero Jiménez** para aplicarla a este signo: “Vas corriendo a un ritmo acelerado. No terminas una acción y comienzas otra. Ahí necesitas de una pausa mayor que la de la coma [de la que hablaremos a continuación] y menor que la del punto”. También es útil para hacer enumeraciones, planificar u ordenar. Así, si hiciéramos una relación de los diferentes acontecimientos de la

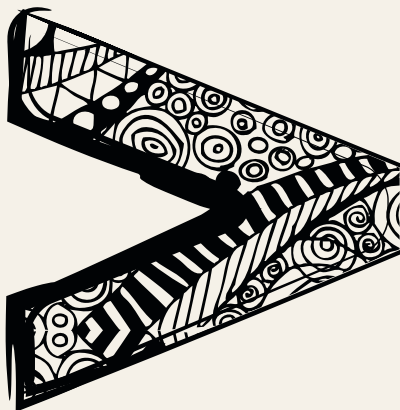
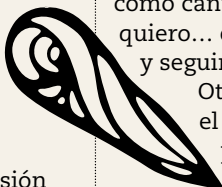


Pasión de Jesús, nos vendría bien el uso del punto y coma, para secuenciar las diferentes partes e irnos preparando para adentrarnos en el misterio de su muerte y resurrección. Descubrimos algunos

puntos y coma embarazosos en el evangelio de Lucas, en el discurso contra los fariseos: “¡Ay de vosotros, porque edificáis los sepulcros de los profetas que vuestros padres mataron! Por tanto, sois testigos y estáis de acuerdo con las obras de vuestros padres; porque ellos los mataron y vosotros edificáis” (Lc 11, 47-48). Se relaciona la complicidad para acabar con los portavoces de Dios. Otras veces el punto y coma parece querer unir la sanación y la alabanza agradecida a Dios, ahora en el evangelio de Mateo: “De suerte que la gente quedó maravillada al ver que los mudos hablaban, los lisiados quedaban curados, los cojos caminaban y los ciegos veían; y glorificaron al Dios de Israel” (Mt 15, 31). Descubrir la presencia, la compañía, la fortaleza que nos da el ser seguidores de Jesús, por la acción del Espíritu, ha de conducirnos a la alabanza más sincera, incluso en los momentos de persecución.

Teresa de Jesús y la coma

Y ya va tocando el turno de la coma. La coma lleva un ritmo activo pero digerible. Te permite matizar, tener en cuenta el paisaje, lo que enriquece la vida. Es decir, la coma es el signo que nos recuerda que hemos de llevar la vida con garbo y disfrutando. En esa coma, de la actividad y la contemplación, está inserta la escuela de **Teresa de Jesús**. Gente sencilla, inquieta, andariega, servidora como ella nos muestran la sabiduría que brota del Evangelio (cfr. Mt 25-30). Aproximarse a la santa de Ávila es entrar en una escuela de oración y de amistad con Jesús. Ella llevó con suavidad el yugo del Maestro y descansó en su humilde Corazón. Incansable, llegó a encontrar a Dios en los pucheros, en el camino y, sobre todo, en la Palabra y en la Eucaristía. “Aunque tuviera más tiempo, no tendría más oración”, le explica Teresa a su hermano **Lorenzo**. Encontraremos a Dios no en el tiempo, sino en la donación que



hacemos de nuestra persona a los demás. A veces, Dios da en breve y sin que sepamos muy bien cómo lo que queremos experimentar en muchos tiempos de oración. El trabajo, las ocupaciones, la agenda no son el obstáculo, sino nosotros mismos, que no actuamos con amor y gratuidad.

La coma, además, “reparte juego”, en expresión de **Álex Grijelmo**. Dentro “de su papel de guardia urbano distribuye las dependencias en la oración”. ¡Qué importante que circule adecuadamente el tráfico en las oraciones y en la propia vida! Fijémonos: “La trabajadora social de Cáritas que tan volcada estaba en el proyecto de juego de niños el año pasado, cayó enferma”. Es distinto a escribir: “La trabajadora social de Cáritas que tan volcada estaba en el proyecto de juego de niños, el año pasado cayó enferma”.

Colocar bien una coma es sinónimo de estar atento y de sensibilidad. Eso pasa también con los pequeños detalles de nuestro día a día. Cuesta muy poco ser detallista y pensar en los demás. Es una pequeña actitud, como la de la coma, que hay que activar y no desprenderse nunca de ella. La historia nos recuerda el valor de esta pequeñez, que recupera **Silvia Adela Kohan**: “Se dice que el zar **Pedro el Grande** tenía unos impresos preparados en los que ponía *matar no tener piedad* con los que firmaba las penas de muerte o sus conmutaciones. Si quería ejecutar al reo, ponía la coma tras *matar*: *matar, no tener piedad*; si, por el contrario, quería que la pena no fuera llevada a cabo, ponía la coma tras no: *matar no, tener piedad*”.

Son ricos los matices de la coma. Nos proporcionan información puntual y adecuada. Y no utilizarla bien, puede llevar a confusión. Del mismo modo, si no tiene papel que cumplir, es inadecuada la *ultrapuntuación*. Todo siempre con equilibrio, sin caer en los excesos, que nos son buenos compañeros de viaje. Carecería de lógica escribir: “El apóstol **Pedro** es, mayor que el apóstol **Juan**”. En la lógica de la buena puntuación, del uso equilibrado, podríamos insertar la escritura vital de Teresa y **Juan de la Cruz**, desde una mística encarnada en lo cotidiano, donde la desmesura se convierte en la cordura del Amor,

que activa y embarga la vida del alma. Disfrutemos de un conocido poema teresiano, cincelado por las pausas de un corazón apasionado:

“Vida, ¿qué puedo yo darle
a mi Dios, que vive en mí,
si no es el perderte a ti
para mejor a Él gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
pues tanto a mi Amado quiero,
que muero porque no muero”.

Los dos puntos y la narración

Pasemos al último signo delimitador: los dos puntos. Su función consiste en especificar, enumerar y anunciar. En la Anunciación de **Gabriel** a **María** aparecen varias veces: “El ángel le dijo: ‘No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús’” (Lc 1, 30-31).

Cuando Jesús va a hablar con radicalidad emergen previamente los dos puntos: “En verdad, en verdad os digo: vosotros me buscáis no porque habéis visto señales, sino porque habéis comido de los panes y os habéis saciado. Obrad, no por el alimento perecedero, sino por el alimento que permanece para la vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre, porque a este es a quien el Padre, Dios, ha marcado con su sello” (Jn 6, 26-27).

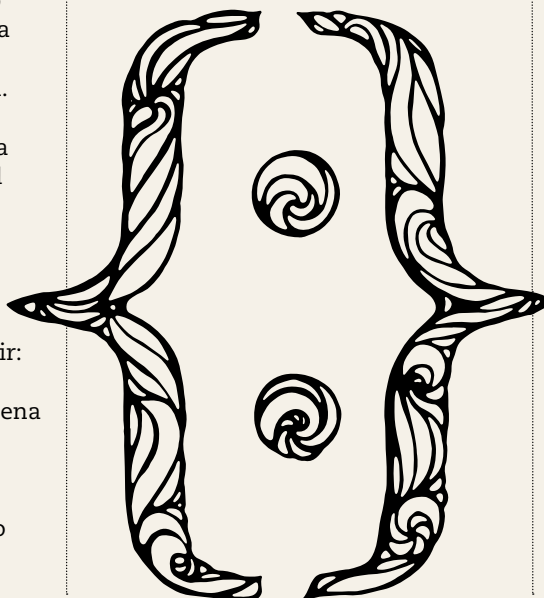
También las grandes parábolas del Reino van precedidas de los



dos puntos. De esta forma se nos muestra el arte de los buenos maestros. Jesús trata de comunicar su mensaje de la manera más sencilla y comprensible posible, por eso se sirve de las parábolas, cuyos elementos cotidianos le son útiles para aproximar los temas clave del Reino. Sin embargo, no todos le comprenden por más diáfano que resulta lo que quiere comunicar y la manera de expresarlo. Ni sus discípulos en muchas ocasiones lograrán asimilar su enseñanza. Esto no frena a Jesús, sino que Él continúa con paciencia predicando y realizando los signos del Reino. Los buenos maestros son capaces no solo de tener una paciencia infinita, sino que nos dan motivos para pensar, para recrear la realidad y sacar enseñanzas de tantas vivencias cotidianas que nos salen al paso continuamente. Estar abiertos a una interpretación nueva, en clave de las bienaventuranzas, es la transformación que ha de ir obrándose en cada uno de nosotros para mirar la realidad con los ojos de Jesús.

En la conocida parábola del sembrador (Mt 13, 1-23), la semilla es como el agua de la lluvia.

Concentra vida y puede hacer florecer la vida que la Palabra nos brinda continuamente. Podemos ser impermeables como sucedió en dicha parábola, por permanecer al borde del camino (en la fácil superficialidad), por habitar el terreno pedregoso (no tener un corazón de carne, sino de piedra) o por caer entre zarzas (convertirnos en un espinoso para los demás). Pero siempre hay



SIGNOS QUE OXIGENAN

posibilidad de convertirse en tierra buena, cuidada, labrada, mimada. ¡Cuánto saben los agricultores de mimos para la tierra! De su buen hacer podríamos aprender nosotros para la vida espiritual. No pongamos paraguas o parasoles a la acción de la Palabra en nuestra vida. ¡Nos hace tanta falta! Sin la Palabra nos abrasaríamos enseguida, porque a veces las pruebas, las dificultades, las enfermedades parecen superarnos.

Entre la admiración y las encrucijadas

Continuamos con los signos más relacionados estrechamente con la entonación: exclamación e interrogación.

La exclamación evoca la fuerza y la valentía. A mí, a diferencia del citado Joan Pere Viladecans, este signo me cae simpático, porque supone la capacidad de saber sorprenderse, de ir por la vida “con la boca abierta”. La admiración y la sorpresa nos abren a la trascendencia. En la lápida de la tumba del filósofo **Immanuel Kant** se grabaron las palabras con que inicia la conclusión de su *Crítica de la razón práctica*: “Dos cosas llenan el ánimo de admiración y respeto, siempre nuevos y crecientes cuanto más reiterada y persistentemente se ocupa de ellas mi reflexión: el cielo estrellado que está sobre mí y la ley moral que hay en mí”.

La exclamación es bien utilizada en la literatura profética. Por ejemplo, en los conocidos “ayes” que introducen una acusación, seguida de un castigo. Es una manera de advertir al pueblo o a los individuos que deambulan por un camino errático para que encaucen sus vidas si quieren sortear la condena. Se trataría, pues, de un fuerte “toque” con el énfasis, encaminado al cambio de rumbo para seguir las sendas de Dios. Veamos un ejemplo:

*“¡Ay de los que añaden casas a casas
y juntan campos con campos
hasta no dejar sitio y vivir
ellos solos en el país!
Lo ha jurado el Señor de los ejércitos:
sus muchas casas serán arrasadas,
sus palacios magníficos
quedarán deshabitados,
diez yugadas de viña darán un tonel,
una carga de simiente dará
una canasta” (Is 5, 8-10).*

El propio Jesús hace uso de la exclamación ante lo sorprendente: “Mujer, ¡qué grande es tu fe!” (Mt 15, 28). En referencia a alguien que no era propiamente de Israel, de los elegidos y que, sin embargo, muestra su radical confianza en Él.

Los signos interrogantes son muy importantes por dos cuestiones. En momentos de crisis y encrucijada, saber formular la problemática que se está viviendo, o la crisis, aunque no se tenga la respuesta, es parte de la solución. Por otro lado, el interrogante es la vía de la inquietud, la búsqueda, de no darlo todo por sabido. El que se interroga se plantea nuevos horizontes. Es la pregunta la que hace avanzar. En cuanto a la forma del signo de interrogación, señala **Ermes Ronchi** que “recuerda la de un anzuelo de pescar que el Evangelio introduce en nuestro interior para engancharnos”.

En la muy recomendable miniserie *Prefiero el Paraíso* (Italia, 2010), dirigida por **Giacomo Campiotti**, en torno a

la vida de san **Felipe Neri**, el apóstol de Roma interroga al joven **Aurelio** sobre lo que quiere hacer con su vida. El diálogo gira en torno al conocido “¿y después?” del fundador del Oratorio, que se puede aplicar a la vocación sacerdotal o a cualquier tipo de opción vital. Helo aquí:

- Yo seguiré la carrera eclesiástica. Sé que será difícil pero quiero ser obispo.
- ¿Y después?
- Después, dado el primer paso, podría seguir adelante y tener una nunciatura.
- ¿Y después?
- Luego, podría convertirme en cardenal.
- Cardenal. ¿Y después? Después, papa.
- Quizá sí.
- ¿Y después? ¿Y después?
- Después nada, Filippo. Mi vida terminará –responde el joven con tristeza–.
- ¿Y qué habrás logrado?
- concluye san Felipe–.

San Felipe Neri, a quien **Sixto V** quiso crear cardenal, le respondió al propio papa:

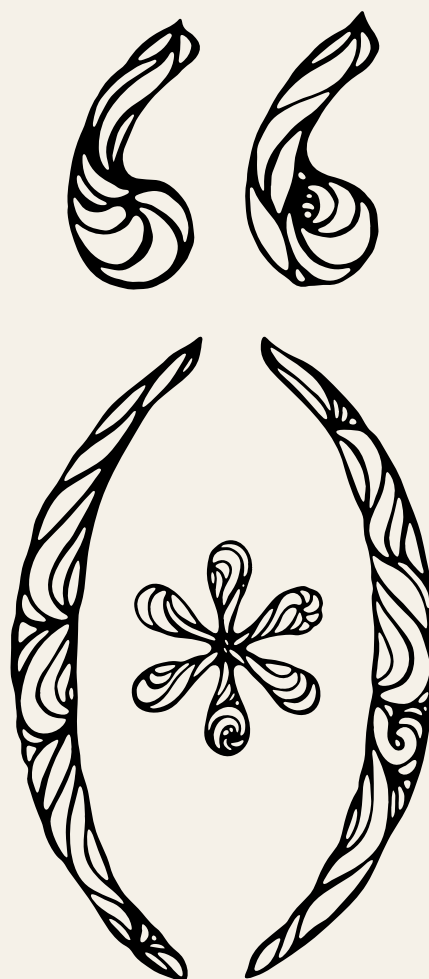
- ¿Yo, cardenal?... Prefiero el Paraíso.

Neri tenía sus interrogantes bien respondidos, sin duda, a diferencia de Aurelio y de tantos aurelios que podemos atisbar deambulando por la Iglesia y por todo el mundo.

Las comillas, “espejo de María”

Hay signos que conservan una función discursiva especial, ya que se caracterizan, como enseña **Helena Calsamiglia**, “por romper el hilo de la voz que tiene la palabra para ejercer una serie de interrupciones, presentaciones o incisos, dejando paso a otras voces: es el caso de la comillas, de los paréntesis y de los guiones”.

Las comillas nos indican respeto, ser fieles a las fuentes, a nuestros padres, maestros, a los que son un referente en nuestra vida. Nos hablan de sabiduría, de conocer el pensamiento de alguien, de recuperar del pasado y traer al presente. Suponen el conocimiento y dominio de autores. En el evangelio de Lucas es realmente precioso el canto del Magníficat (cfr. Lc 1, 46-55), el “espejo de María”, como gusta nombrarlo a la salesiana china **María Ko Ha-Fong**, donde ella utiliza varias fuentes del Antiguo Testamento. El



gozo exultante que se expresa en un instante, pero que condensa una belleza única y resonancias infinitas, palabras profundas y sencillas que se convierten en epifanía de la salvación.

María, una joven acostumbrada a servir y dispuesta a visitar, habla en primera persona, consciente de haber sido agraciada. Pero pronto menciona las grandes cosas que Dios ha hecho en ella (cfr. Lc 1, 49), para desviar la atención hacia Él, que es la fuente y el secreto de su dicha y de la de todo el pueblo. Como reflexiona **Anselm Grün**, “en este canto, Dios echa por tierra nuestras reglas, enaltece en nosotros lo humillado y colma lo hambriento”.

¿Cuáles son nuestras citas, nuestras fuentes? ¿Coinciden con los intereses de María? ¿Qué textos o referencias fontales son las que nos dan de beber en nuestro día a día?

La tentación de poner entre paréntesis

Prosigamos nuestro repaso ortográfico con los paréntesis, que vienen a ser nuestro *background*, el equipaje que llevamos detrás o la parte de soporte del iceberg que no se ve. Nos permiten insertar incluso bromas y, lo que más nos interesa, pueden servir para una lectura en clave de fe sobre cómo Dios ve las cosas.

Retornemos a la *Ortografía de la lengua española*: “La función principal de los paréntesis es indicar que las unidades lingüísticas por ellos aisladas (palabras, grupos sintácticos, oraciones, enunciados e incluso párrafos) no son una parte central del mensaje, sino que constituyen un segundo discurso que se inserta en el discurso principal para introducir información complementaria de muy diverso tipo”. En el encuentro entre Jesús y la samaritana, el texto evangélico nos pone en contexto y recuerda que los judíos no se trataban con los samaritanos (Jn 4, 9). “No son infrecuentes en el cuarto Evangelio [según **Raymond E. Brown**] los paréntesis para explicar el efecto que la resurrección/ glorificación de Jesús tuvo sobre sus seguidores (2, 22; 7, 39; 12, 16)”.

Lo que nunca podemos hacer es poner entre paréntesis la llamada al perdón que nos hace Jesús. Algo que podemos justificar con facilidad o en momentos de doloroso conflicto. Como advierte el oblat **Ron Rolheiser**: “Puedo satanizar a mi adversario, difamarlo, injurarlo y usar todo lo que esté a mi alcance, tal vez incluso la violencia, para que mi verdad salga triunfante. ¡Porque yo tengo razón, y la cuestión es tan importante que puedo prescindir y poner entre paréntesis mi respeto fundamental!”. ¡Ojo a esta fácil práctica de poner entre paréntesis el núcleo del Evangelio!

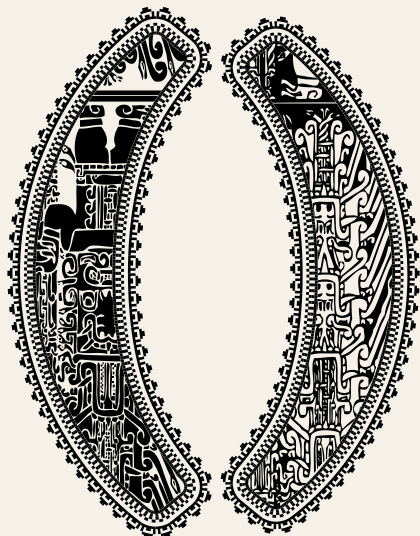
No descuidemos por dónde va la enseñanza del Maestro. Jesús entronca con la fuente de la vida moral y nos ofrece una ecología del corazón (cfr. Mc 7, 14-23). Es decir, nos brinda una lección magistral de cómo cuidar nuestra interioridad, para liberarnos de las sustancias contaminantes que albergamos dentro. ¿De dónde surgen las envidias, egoísmos, rencillas, avaricias, celos, etc.? Jesús nos ofrece una lista detalladísima que puede servir para revisarnos.



“Ecología” significa proteger y tener limpio el ambiente. La ecología del corazón nos invita a cuidarnos en lo más hondo y a cuidar a los que tenemos cerca. En esta limpieza nos vendrá muy bien no descender a cotilleos ni murmuraciones contra los ausentes ni pronunciar juicios temerarios (actitud a la que en varias ocasiones nos ha emplazado ya el papa **Francisco**). También pedir perdón cuando erramos o hayamos podido herir a alguien; sabiendo dar marcha atrás al reconocer los propios errores.

Jesús propone, además, una vivencia de la ley desde dentro, al cien por cien, asumiéndola como expresión de la voluntad de Dios, no como un cúmulo de preceptos que se obligan a cumplir sin sentido. Por ello, san **Mateo** nos descubre que subsisten sutiles maneras de matar al prójimo sin caer en la muerte física (cfr. Mt 5, 20-26): la descalificación, el insulto, las tensiones que provoca el enfrentamiento... ¡Cuidado con esa manera de actuar que nos deshumaniza y nos aleja del plan de Dios sobre sus hijos! Además, el evangelista no pierde ocasión para insistir en la urgencia del perdón mutuo y de la reconciliación en la comunidad. Cuando las relaciones están rotas, se ha de buscar la reparación, el camino del perdón sincero y de la reconciliación de los corazones. La comunidad ha de ser expresión de las nuevas relaciones del Reino, un modelo para la sociedad. Si las relaciones entre los hermanos están rotas, corremos el riesgo de romper también nuestra relación con el Señor. Por eso, estas relaciones no se pueden poner tampoco entre paréntesis.





El diálogo de los guiones

El uso de los guiones es hoy día apremiante. El guión nos habla de la necesidad de entablar diálogo. ¡Cuánto les cuesta a los políticos un diálogo desnudo, donde primen los intereses de la población! ¡Cuánto nos cuesta en general el intercambio de ideas, de pareceres, la construcción de algo entre todos! El diálogo tiende puentes. Son magníficos los diálogos de Jesús en el Evangelio. Hablábamos hace un instante del encuentro con la samaritana (cfr. Jn 4, 5-42), con Nicodemo (cfr. Jn 3, 1-21) o el joven rico (cfr. Lc 18, 18-23).

En una novela magistral del escritor francés Emmanuel Carrère, *El Reino*,

se hace una interpretación del cristianismo de una manera original, fresca, comparando con imágenes que tenemos cercanas, de manera que Pablo, Lucas o Filipo, por citar algunos, se convierten en personajes más próximos de lo que estamos acostumbrados, gracias al servicio literario de este grande de las letras. No me resisto a citar el pasaje del joven rico, donde después de describir la escena evangélica, confiesa: “Yo me identifico con el joven rico. Tengo grandes bienes. Durante mucho tiempo he sido tan infeliz que no me daba cuenta. El hecho de haberme criado en el lado bueno de la sociedad, dotado de un talento que me ha permitido vivir la vida un poco a mi aire, me parecía poca cosa comparado con la angustia, con el zorro que día y noche me devoraba las entrañas, con la impotencia para amar”.

Nuestra Señora de los Puntos Suspensivos

Por último, nos aproximamos a los puntos suspensivos que, según Amparo Tusón, “indican conocimientos compartidos, guiños y complicidades que se establecen entre autor y lector, elevando de algún modo el grado de empatía”. Los puntos suspensivos son los signos de lo inenarrable, de lo que no se puede expresar.

En el Evangelio, identificaría los puntos suspensivos con lo que María guarda en su corazón. “María, por su parte, conservaba el recuerdo de todo esto, meditando en su interior” (Lc 2, 19). María, a la que contemplamos junto a José y al Niño acostado en el

pesebre, va pasando por el corazón todo lo que está viviendo. Hemos de aprender de ella a transitar por el corazón, a saborear la vida, a interiorizar el misterio de Dios que se despliega en tantas oportunidades que nos ofrece lo cotidiano.

Al final de la escena de Jesús perdido en el Templo, aparece de nuevo la misma actitud de la Virgen: “Su madre conservaba en su interior el recuerdo de todo aquello” (Lc 2, 51). Monseñor Raúl Berzosa ha comparado esta escena con la de los discípulos de Emaús (Lc 24, 25), que son torpes a la hora de entender y cerrados para creer. Sin embargo, “María guardaba todo en su corazón: es modelo de fe y de peregrinación en la fe; es verdadera discípula”, sostiene el actual obispo de Ciudad Rodrigo.

Es hora de poner el punto final a este Pliego. Le cedo para ello la palabra a Jesús Sánchez Adalid, para que la fe y la cultura sigan paseando juntas: “Estoy convencido de que hay un final esperanzador para el hombre y de que dejamos cosas atrás para hallar otras nuevas”. [Punto final] ●



BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN / ESPAÑA: 114,50 € / UE: 171,60 € / OTROS PAÍSES: 165 € / 47 NÚMEROS AL AÑO
Tel.: 914 226 240 / Fax: 914 226 117 / suscripciones@ppc-editorial.com / www.vidanueva.es

Nombre y Apellidos:
 Dirección: C.P.:
 Población: Provincia: País:
 CIF/NIF (DNI): E-mail: Tel:

FORMA DE PAGO

☐ Adjunto cheque bancario a nombre de PPC, S.A.



C/ Impresores 2 Urb. Prado del Espino, 28660 Boadilla del Monte (Madrid)
 Tel.: 914 226 240 / Fax: 914 226 117 / Correo electrónico: ppcedit@ppc-editorial.com

Le informamos que sus datos serán incorporados con fines mercantiles al fichero de Clientes del que es responsable PPC, Editorial y Distribuidora, S. A. C/ Impresores 2 Urb. Prado del Espino 28660 Boadilla del Monte, Madrid. Los datos que nos facilite podrán ser cedidos con fines comerciales incluida publicidad por medios electrónicos, a las empresas de nuestro grupo que constan en la siguiente URL: <http://www.gruposm.com>, si usted no desea, por favor, comuníquenoslo.

☐ Domiciliación bancaria (rellenar los datos de la cuenta)

IBAN	ENTIDAD	OFICINA	DC	NÚMERO DE OFICINA

Nombre y Apellidos del titular de la cuenta:

Banco o Caja:

Fecha: Firma: